

los cazadores, que les clavan la lanza en el pecho. La mayor parte de los lobos cuyas pieles venden los habitantes de Noruega han sido cazados por los lapones con lanzas.

«En el Jura, y especialmente en Vallorbes,—dice Tschudi (1),—la caza del lobo se halla organizada, tiene su reglamento, y los cazadores cargos y jerarquías. El jefe divide á sus gentes en dos cuerpos. Los armados con fusil quedan apostados, y preparada el arma en varios sitios: los que enarbolan sólo palos baten el bosque en todos sentidos, para hacer salir al animal. Muerto el lobo, una fanfarria tocada por seis trompeteros anuncia la victoria. Los individuos que no han querido someterse á las órdenes del jefe hállanse condenados á beber agua en la fiesta que se celebra en el mesón, en precio de la cabeza del lobo, y además á verse cargados con cadenas de paja. Para ser miembro de aquella sociedad del Jura (Vaudois),—añade Tschudi,—es necesario haber asistido á tres cacerías afortunadas; y hay padres que han llevado á su lado, en estos casos, á sus tiernos hijos.»

En Francia se caza el lobo á la carrera, en batida ó por medio del fusil.

No es difícil conocer el sitio por donde ha pasado el lobo, pues deja huellas características sobre la hierba y la nieve. El cazador debe salir mucho antes de salir el Sol para que cuando alboree se halle ya en el campo de operaciones, pues los rayos del Sol borran rápidamente las huellas.

La hora más propicia para la caza es después que el rocío ha bañado la tierra y las huellas del animal quedan impresas en el suelo. Las huellas del lobo se diferencian de las del perro en que aquella alimaña deja las señalés del pie más juntas y apretadas, y en cambio el can las deja más abiertas. El lobo tiene el talón más largo y ancho que el perro.

Las huellas de los lobos adultos se distinguen de las de los lobeznos de un año en que sus pisadas son menos anchas, las uñas de los últimos son más pequeñas y puntiagudas, y sus pasos no son tan uniformes y regulares.

Los lectores que quieran leer curiosas narraciones de la caza del lobo, han de acudir á las obras de Lena Tschudi y Winckell.

### III

Era una noche fría y sombría del mes de noviembre.

(1) *Les Alpes.*

Caían, sin cesar, grandes copos de nieve, alfombrando el suelo y cubriendo los descarnados árboles de los bosques vecinos.

Refugiados el buen Dick y yo en la tosca cabaña de un leñador, perdida en las soledades, calentábamos nuestros entumecidos y helados miembros al amor de la lumbre.

Ávidos de aventuras venatorias, recorriamos el centro de Rusia, acompañados de nuestros dos buenos criados John y Charles. La suerte nos había deparado un buen guía; y viajando, ya en trineo, ya á caballo, no habíamos tenido el menor tropiezo.

La expedición era monótona y tranquila. Buscábamos en balde á un oso, y corríamos, á despecho de la nieve y la tempestad, tras huellas que el viento ó la lluvia borraba.

Melancólicamente arrimados al fuego, y echando bocanadas de humo con la pipa, Dick y yo hacíamos comentarios sobre nuestras desdichas venatorias.

—Mucho temo, amigo Dick,—dije,—que tengamos que regresar á San Petersburgo sin haber medido nuestras armas con el terrible huésped de los bosques.

—Podrá ser,—contestó filosóficamente mi compañero,—pero convenid en que hace un tiempo de mil diablos en esta condenada tierra.

—Tenéis razón,—contesté yo.—Sólo cabe en dos cabezas locas como las nuestras registrar estas selvas y soledades en el mes de noviembre.

Entre tanto anochecía, y se oían los misteriosos ruidos de las selvas mezclados con el cadencioso rumor de la caída de la nieve.

El leñador y nuestro guía hablaban en voz baja y con animados gestos.

Nuestros criados, tendidos en el suelo, dormían tranquilamente.

Sobre la mesa se veían los restos de una frugal comida, y relucientes vasos de estaño contrastaban por su brillo entre tanta pobreza y negrura.

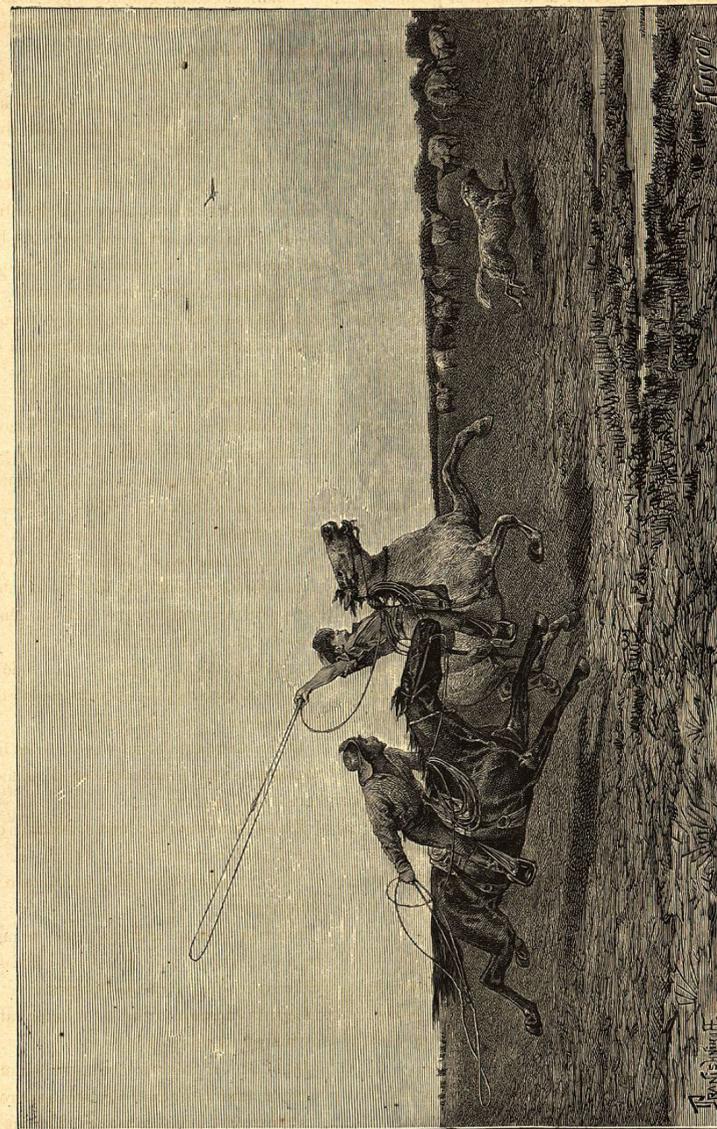
La leña chisporroteaba en el hogar, alumbrando los rostros con extraños reflejos.

Bajo de un cobertizo se hallaban atados nuestros cuatro magníficos perros de pura sangre daneses.

El perro del leñador, mestizo de lobo, se hallaba sujeto con una cadena al tronco de un árbol situado á unos 5 metros, y aullaba lúgubramente.

—¿Oís Dick?—dije.

—Sólo oigo los melancólicos rumores del bosque durante la noche; mas me llama la atención y preocupa la actitud del leñador y de nuestro guía,—replicó, en voz baja, Dick.



Caza del lobo en las estepas

El leñador y el guía seguían, en efecto, hablando siempre quedo y con grande animación.

Dick y yo cruzamos una mirada de inteligencia.

—¿Qué ocurre, buen hombre?—dije en mal ruso y acercándome al grupo.

—Nada, señor,—contestó el guía.—Este pretende,—

señalando al leñador,—que se acerca una gran manada de lobos.

El leñador hizo con la cabeza una señal afirmativa; é, inclinando el cuerpo, se puso el dedo en la boca.

—Silencio,—murmuré yo.

Allí á lo lejos, y entre los rumores de la noche en

las selvas, percibíanse, en efecto, cada vez más próximos y acentuados, característicos aullidos.

El leñador tenía razón. Los lobos se acercaban.

Aquellos animales, que en Rusia, durante el verano, suelen vagabundear sueltos, al llegar el invierno se reúnen en grandes manadas, que recorren distancias considerables: de 50 leguas entre abruptas montañas y de más de 100 por las llanuras. Los lobos viajan de noche, y se paran sólo durante el día si encuentran un sitio propicio donde esconderse.

Dick y yo nos consultamos, inquietos, con la mirada.

El perro del leñador ladraba con fuerza, y nuestra jauría le hacía coro.

¿Qué hacer? Di orden al leñador y á los criados de que soltasen á los perros, y que atrancasen la puerta.

Los cuatro íbamos armados con buenos fusiles de dos tiros y cuchillos de caza, y el leñador tenía un viejo fusil de llave. Entre todos reuníamos unos doscientos tiros.

La cabaña, fabricada toscamente con maderas, era baja de techo, y sólo recibía la luz por dos pequeñas ventanillas y la puerta.

Mientras hacíamos todos los preparativos de defensa, los aullidos sonaban más claros y distintos en la medrosa soledad de las selvas.

Los perros ladraban y aullaban furiosamente.

El peligro se acercaba por momentos.

De repente oímos grandes lamentos de terror y angustia. Parecían voces humanas.

Los aullidos de los lobos se oían cada vez con más claridad, y el ruido que turbaba el silencio de la noche pregonaba que la manada era numerosa.

—¡Socorro! ¡socorro! ¡por Dios!—gritaron á 20 metros de la cabaña.

No había duda: viajeros extraviados eran perseguidos por los lobos.

Sonaron varios tiros.

Anhelantes todos, pintada la angustia en los rostros, no sabíamos qué decisión tomar.

—Se trata de salvar la vida á unos semejantes nuestros, y no debemos vacilar.

—Es tarde,—murmuró uno de los criados.

—Seremos devorados todos por los lobos,—añadió otro.

Rápido como el pensamiento, puse la mesa debajo de una de las ventanillas y subí.

Había cesado de nevar y el viento había despejado el cielo. La Luna, en su cuarto menguante, alumbraba una desgarradora escena.

Dos hombres y dos mujeres estaban rodeados por

numerosa manada de lobos. Varios de estos animales yacían en el suelo derribados por el fusil ó por el hacha. Los dos hombres luchaban en el delirio de la desesperación.

La mayor parte de la manada se había lanzado sobre los perros. Sabido es que los lobos devoran con delicia la carne de perro, que es para ellos un manjar suculento <sup>(1)</sup>.

—¡No hay tiempo que perder!—grité á mis compañeros.—Cuando los lobos hayan devorado á los perros no habrá salvación.

—¡Ánimo, amigos!—grité á los infelices viajeros, abriendo la ventanilla.

Bajé, y di orden á los criados y al leñador de que hostilizasen á los lobos desde las aberturas.

Abrí la puerta seguido de Dick.

Ya era tiempo.

Cogimos en nuestros brazos á las mujeres, locas de terror, y apoyadas, medio desmayadas y cerrados los ojos, al tronco de un árbol.

Sonaron varios disparos desde la cabaña, y los lobos se detuvieron un momento.

—¡Ánimo, ánimo!—grité á los viajeros, que habían soltado el inútil fusil y empuñaban el hacha.—Seguidnos.

Por fortuna pudimos todos llegar á la cabaña cuando, devorados los perros y repuestos los lobos, cercaron furiosos la cabaña.

—Cerrad bien por todos lados,—dijo Dick.

La puerta se cerró, y levantamos detrás de ella una verdadera barricada con la mesa y taburetes.

El fuego continuaba chisporroteando en el hogar. Deposité junto á él á las pobres mujeres, ateridas de frío.

Los dos hombres, heridos, llenos de sangre, desgarrados los trajes, corrieron al lado de las dos mujeres con tierna solicitud.

—¡Gracias, señor, gracias!—dijo uno de ellos, apretándome con efusión la mano.—Os estaré reconocido toda la vida.

El que me hablaba era un guapo y distinguido mozo, que, á despecho de su traje roto y de las trazas de la lucha, mostraba, á tiro de ballesta, ser persona principal y bien nacida. Su compañero parecía ser un criado de confianza. Las dos mujeres eran dos jóvenes

(1) Luis Enault, en su *Norwège*, refiere que es tal la afición de los lobos por la carne de perro, que para procurársela desafían los mayores peligros. Se cita el ejemplo de audacia de un solo lobo de caer inopinadamente sobre un *pointer* que iba entre varios trineos, y arrebatario, huyendo con él hacia el bosque.